

BIBLIOTECA CULTURA Y LIBERTAD

5

JUANSINNADA

Por
MONTIEL BALLESTEROS



CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
COMITE URUGUAYO

Rambla Wilson 229, Ap. 22. — Montevideo - Uruguay

63.4

on j

al

BIBLIOTECA CULTURA Y LIBERTAD

U 863.4

Mon j
Bal j
T

5

JUANSINNADA

Biografía arbitraria de un personaje
imaginario, recogida

Por

MONTIEL BALLESTEROS

☆

La trágica inseguridad en que el artista vive,
demuestra el desentendimiento de las clases
que controlan la economía y norman la vida
social. — Gabriel García Maroto.

CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA
COMITE URUGUAYO

Rambla Wilson 229, Ap. 22. — Montevideo - Uruguay

6374



BIBLIOTECA

221.00 21/12/66

Luanda

DEDICATORIA

Sospecho que a quienes poblamos el universo nos corroe idéntica ilusoria convicción: la de creer que constituimos seres excepcionales.

Consecuentes con tal peregrina ocurrencia nos atribuimos dotes extraordinarias y virtudes sin par. Y ¡guay! de quien atreva la más mínima duda sobre tales cualidades e infeliz de quien cometa la irreverencia de ponerlas en duda.

Yo mismo, fuerza es confesarlo, pese a tener bien sabido de qué honesto y simple matrimonio provengo, —doña Nadie y don Pueblo—, caí en la flor de atribuirme descendencia de tan alta alcurnia que, orgulloso, ostenté mi nombre, que imaginé originalísimo, cuanto mis versos y pensamientos, que estimé preciosos e ingeniosos y hasta jamás concebidos por humano ingenio.

Aderezados y pulidos, destilados como esencias maravillosas, terminaron por darme la sensación de trotados y conocidos, siendo eso sobrado cierto, dado que el juansinnada que constituyo se ha encontrado en cuanto glorioso poema y profunda lucubración ha caído bajo sus ojos. De tal descubrimiento deduzco que soy propietario de incalculables riquezas, cuya pertenencia equiparo al aire, al cielo, al sol y a la ternura, que son indiscutiblemente nuestros en la medida en que los sentimos y poseemos.

Esto explica que la nada ilímite se colme de algo, como el alma de la infinitud del sueño, (ya soñado) y de la eterna música, (ya oída) y del prodigio de la poesía, que, desde el primer día en que el hombre fue, es.

Se frustra por tal razón mi dedicatoria, porque, a quién, puedo ofrecerla, si todos al tiempo mismo somos saciados y famélicos y no hemos menester de nada, careciendo de todo y poseyéndolo.

Paradoja sería regalarle una microscópica rosa, al rosal millonario de ellas.

Pero yo persisto —éste es uno de nuestros más genuinos y bellos defectos—. Insistí, testarudo, en dedicar mis páginas —cuya propiedad no termino de aventurarme a reivindicar— a todos y a nadie. (Me parece que por aquí andan los bigotes de Niétzche; la linterna de Diógenes, que se engañaba a sí mismo, y las candorosas parábolas de Jesús, abuelo e hijo de Nuestro Señor el Caballero de la Triste Figura.)

JUANSINNADA

I

—¿Este libro es tuyo?

Juansinnada se ruboriza, se confunde y termina por contestar:

—Tengo la vaga idea de que lo he traducido y de un idioma que no conozco bien.

Es posible que de él sólo sean míos los errores.

II

Pese a su integridad, a Juansinnada se le pueden atribuir algunas humanas flaquezas y debilidades.

Con menoscabo de su dignidad de amante desdeñado, le escribió a la Gloria, reiterándole su culto apasionado y lo mucho que había realizado y padecido para conquistar sus mercedes.

La alta señora le contestó.

Con qué arrobo contempló el sobre escrito de puño y letra de su adorado tormento.

Y qué delirio —¡para no contarse!— experimentó al extraer el mensaje de la dama por la cul suspiraba!

Consistía éste en una página en blanco.

Y ni el interesado ni yo sabemos qué simboliza.

III

—Piensa en este vocablo: "posesión", que se utiliza tanto en el amor, como en el sucio tráfico de los intereses y te explicarás por qué cierro los ojos ante el jardín en flor.

Quizás los hombres deberíamos ser ciegos.

Deseo no ser propietario de nada.

IV

Siento un runruneo en el cráneo.

El médico me explica:

—Es una deficiencia de irrigación sanguínea en los capilares del cerebro.

¡Craso error! ¡Es la música del gran canto con que sueño y que sé que jamás podré captar y traducir!

V

Unta tu pan con la dignidad de una pobreza que lo haga digerible.

VI

—Te encuentro triste, Juansinnada.

—¡Imagínate! Los sabios me han enterado que debo degollar a los astros, a las palomas, a los niños, a los ángeles y a las flores y escribir con su sangre para ser poeta.

VIII

A Juansinnada lo considerarán un vago, suponiendo que no se ocupa en nada útil.

Absurdo y ofensivo error.

El se ha pasado años abriendo y preparando su surco.

Ahora anda procurando la semilla que sembrará en él.

VIII

Somos uno y todos.

Por eso el incompleto canto en nuestros labios, puede ser solamente un verso o una letra del poema.

IX

—Te he traído las alas, Juansinnada y has volado hacia las tinieblas de sombrías tierras sin nombre.

—¡Cómo quieres que ascienda si no arrojo mi lastre!

—No lo veo. ¿Por qué no lo haces? ¿Por qué no te desprendes de él?

—Porque sin él, tampoco puedo volar. El lastre soy yo.

X

A Juansinnada le han robado el corazón.

El se conforma con desearle a la ladrona:

—Buen provecho. Confío que no se indigeste.

Y se congratula:

—Me molestaba con su tic-tac. Me daba la sensación de que me había vuelto dueño de ese chisme tan indiscreto que es el reloj.

XI

Juansinnada está reflexionando ante la lección de la higuera.

Comenzó a reinar el otoño y a su reclamo, le está entregando hasta la más desvalida, pequeñita y amada de sus hojas.

Lo hace con gusto, porque es para que el viento, desaprensivo, juegue con ellas.

Pero, en el extremo de sus ramitas pálidas se reserva un centenar de higos, para que no se encuentren sin sus néctares los pájaros y las abejas, que no pudieron llegar antes a su generoso banquete.

XII

A los sueños, cuando toman consistencia y se transforman en realidad, les nacen estómago.

XIII

Juansinnada (que ni siquiera posee padrinos) fue reclamado por la conscripción del servicio militar obligatorio.

En una de las marchas de su batallón, olvidado de la disciplina e imitando a sus amigos los pájaros, comenzó a cantar.

—¡Alto!, vociferó el capitán, e interrogó irritado.

—¿Quién cantaba?

Nuestro amigo temió que arrestasen a la entera compañía y tomó la palabra:

—Nadie, mi capitán. Vuestra señoría ha oído mal, ha confundido: era el ruido de las cadenas y los grillos de la libertad.

Fue sometido a un consejo de guerra.

Juansinnada no dijo sino la verdad, pero se teme que, por mendaz y calumniador el tribunal militar lo condene a la pena de muerte.

XIV

—La miseria consiste en que no podemos bastarnos a nosotros mismos.

Tiene que venirnos de fuera desde lo más pequeño, el pan, a lo más grande, el amor, la sabiduría y hasta la gloria.

Dios comenta la lamentación de Juansinnada.

—Eso para mí no es una novedad. Imagínate que me ha

sido preciso inventar a los hombres para que alguien creyera en mí.

XV

Escribimos cuentos para los pequeños, soñando encontrar el niño dentro de nosotros.

XVI

Encuentro ensimismado a Juansinnada.

—¿Qué te acontece?

—El maldito pensamiento y la terrible condena de nuestra ignorancia.

—¿Nuestra? ¿Generalizas? Existen sabios cargados de ciencia, ilustres filósofos, pensadores geniales, investigadores serios y responsables.

—Yo, pobre de mí, no me cuento entre esa caterva. Dudo. ¡Dudo! Dudo hasta cuando afirmo. Ahora me pasó por la mente eso de la mentempsicosis... ¿Crees que volvamos a vivir? ¿Transformados en qué?

—No te inquietes.

—Fácil es aconsejarlo. Difícil vivirlo. Me preocupa terriblemente que por mis errores, maldades y miserias, se me condene de nuevo a ser hombre.

¡Existe tanta bella cosa inocente! Y, sobre todo, inofensiva!

—¿Qué querías ser?

—Humo, por ejemplo; sonrisa, polvo, rocío, suspiro!...

XVII

Juansinnada es el mendigo loco, que pide limosnas de amor, de amistad y de ternura, a unos seres que, por primera vez oyen el nombre de esa mercadería y que, cuando descubren su preciosa importancia, resuelven acaparársela e incorporarla a sus comercios.

XVIII

—¿Versos, Juansinnada?

—Sí. Y hasta agrega, malos. Pero permítele al viejo jardín abandonado y olvidado; al que invade el moho, las espinas y las alimañas, que se encienda en sus últimas flores. Y concede a éstas que imaginen que lo visitan las estrellas, que le

sonríen las nubes que pasan y que entre sus ruinas vaga alguna extraviada o ilusionada mariposa de sueño.

XIX

Juansinnada le averigua al río:

—¿Adónde vas?

—No me interesa. Lo que desearía es detenerme. Mira esa nube. Piensa en la luz de ese astro. Oye el canto del ave.

—¿Pero tú no estás en el agua total?

—No. Quizás lo consiguiera si llegase al éxtasis. Esta mi marcha incesante, no es la vida, es la muerte.

XX

—Sueño con ser maestro.

—¿Para la noble siembra de enseñar a los otros?

—No, para aleccionarme a mí mismo. Nunca mejor empleado aquello de que la caridad debe empezar por casa. ¡Tengo tanto que aprender!

XXI

—Tengo cada vez menos.

—Posees cada vez más.

XXII

Mi humildad debe estar constituida por unos fragmentos del orgullo y de la soberbia que habrán dejado caer los dioses. Menesteroso, se me ocurre vivir en la opulencia.

Es que poseo una fortuna en sueños y una riqueza en defectos.

XXIII

Como Juansinnada durmió una noche dentro de una azucena, intentan atribuirle la paternidad del lirio.

El, lastimado, protesta:

—¡A lo que reducen la grandeza de Dios!

XXIV

—¿Has amado mucho?

—Pero sin éxito. Más son las cartas sin respuestas y las citas con mi sola concurrencia.

—Las cuentas no cobradas son las que no se olvidan.

XXV

—Juansinnada, tú eres un poeta.

—Lo ignoro. Pese a que la generosidad me ha prestado

una lira, descubro que ésta no posee cuerdas. Las que he logrado trenzar con mis penas y mis deslumbramientos, aún no han conseguido conmover a la luna.

Los perros aúllan mejor que yo.

XXVI

"Nullatenente".

Así traducen los italianos mi nombre.

XXVII

En oportunidades, Juansinnada —humana herencia— permite que se descubra en él, algo de pícaro, de sabio o de equívoco. Por ejemplo, cuando se percata que, el primer misterio, Dios lo escondió tras una hoja de parra.

XXVIII

Juansinnada abriga la absoluta seguridad de que encontraría al hombre, que Diógenes buscaba en broma... Pero carece de la linterna y no la halla de segunda mano.

Lo que hay que buscar, pues, primero, es la linterna.

XXIX

El profesor del silbido en la noche, para que el hombre no se sienta tan solo, se acercó a Juansinnada para ofrecerle sus servicios.

—Gracias. Me voy a sentir molesto con la compañía.

—¿Y no le tiene temor al miedo?

—El miedo soy yo. Otros son los que han de temerme.

XXX

¡El amor!

Qué tremendo error el de bebernos y hasta las heces la copa del elixir maravilloso!

Deberíamos morirnos custodiándola, para que no se consumiera ni la más microscópica de sus gotas.

XXXI

Me da vergüenza poseer un nombre, como los que firman los cheques, las declaraciones de guerra, las condenas a muerte y... los libros.

XXXII

—¿Y en cuanto a ideas, Juansinnada?

—Conozco a pocas y sirvo a menos, pero bien. Eludo ser

como los eruditos enciclopédicos, detentadores de innúmeras, para no ser fieles a ninguna.

Se descuenta que yo pertenezco a las ideas, no siendo ellas de mi posesión.

XXXIII

Siempre he suplicado que, en el momento oportuno (o quizás antes) me deben incinerar.

Enteradas de ello, me han felicitado las águilas, las cruces, las gaviotas y el viento y las golondrinas.

Pero pienso en la rosa, en el ombú, en la calandria y en el grillo y resuelvo consultarlos si mi materia, vuelta humus, no podría servirles para alguna cosa.

XXXIV

—Juansinnada, tú eres un filósofo.

—Primero, te ruego que hables bajo, no vaya a ser que ofendas a algún "colega"... Luego que admitas que te pregunte si tu calificativo deriva de mi procuración de la Verdad entre la basura? Me rectifico: ¿entre los hombres?

XXXV

—Sé pobre de besos (sobria), le recomienda Juansinnada a su hija.

Pero que sean de los buenos, sinceros y oportunos.

XXXVI

Olvidado de su apelativo de Todopoderoso (también, el hombre está viejo) Dios me lleva ante los tribunales, acusándome de usurpación de nombre y de personalidad.

Se desgañita afirmando que como su reino no es de esta tierra, realmente es él quien no tiene dónde caerse muerto.

Pretende ser Juansinnada.

Yo por lo único que me resisto a su capricho, es por temor de que nos confundan.

XXXVII

—Quizás tu vocación sea la de aviador, Juansinnada.

(Este pretenderá que no escriba).

—No. Vuelan, pero todos vuelven.

Al cielo, como al mar, le molestan los cadáveres y los devuelven, los tiran a sus riberas.

XXXVIII

—No has terminado de definir tu oficio.

—Coleccionista de nubes; enhebrador de sueños; constructor de ilusiones; fabricante de colas para ranas; segregador de clorofila para el año verde...

XXXIX

—¿Eres pariente de Juan Pueblo?

—Quizás en el no poseer. En los muchos lomos para los palos. Pero no en las cabezas, que en él son múltiples y por no ponerlas a que piensen todas, raro es que utilice a ninguna.

XL

No doy un céntimo por la cabeza de Juansinnada.

Lo veo llegar al correo agobiado por el peso de un millón de cartas sin dirección.

Me confía:

—Todas las mujeres son mis novias. Les escribo.

XLI

—Estás sucio de amor; roñoso de pureza; asqueroso de misticismo.

Busca presto la fuente de la humildad y no sólo báñate, ahógate en ella!

XLII

—¡Oh, no! ¡No lo podemos admitir en la Academia!

Ya somos muchos los Juansinnada.

XLIII

¡Caminar aproximadamente cerca de un siglo para empézar a descubrir entre una espesa niebla!

Casi no me conozco: descarnado de tanto roce y encontrón; sin pies de transitar tanto pedruzco y tanta espina; mudo, de callar a la fuerza; empezando recién a comprender para qué sirven las alas!

¡Para abandonarlo todo y volverme más Juansinnada!

XLIV

A Dios lo profanamos con sólo hablar o referirnos a El.

Es un precioso juguete, construido para los niños (los ángeles) y los poetas (otra vez los ángeles).

XLV

Un día inesperado una joven mujer, ignoramos si en bro-

ma o en serio, se acercó a Juansinnada y tras decirle:

—Sé que tú no eres un mendigo, le alcanzó un sueño.

El no lo pudo rechazar y cuando lo tomó, se descubrió como aéreo y sintió que se iluminaba todo por adentro.

Colocó el sueño por ahí, no sabemos si sobre la rama de un árbol, en el cristal del arroyuelo o en la entrada de una colmena.

Ignoramos también si el maravilloso regalo se transformó en una canción, en una ondina traviesa o en una gota de miel.

Pero su recuerdo habrá restado indeleble en el alma de Juansinnada, hasta transformársele en un canto.

Quizás sea esa la finalidad de los sueños, porque cuando la joven generosa, que había repartido a manos llenas su túnica de sueños, como si se lo hubiese ofrecido en préstamo, vino a reclamárselo, él le contestó:

—De él me queda algo intacto para tu desnudez y la vistió de música!

XLVI

Como es período de elecciones, vienen a solicitarle el voto a Juansinnada:

El, sibilino, contesta:

—Voto porque no se vote.

XLVII

¿Cuál es el estado de gracia?, el mirarse el ombligo o el levantar la vista y contemplar todo el espectáculo?

XLVIII

Juansinnada no es un desposeído, es un menesteroso de las inútiles riquezas que para nada sirven, sino para asiento de la soberbia y la vanidad.

No cuenta ni con oro ni con tierras ni con títulos.

Apenas si es dueño de un corazón de segunda mano, de un pájaro de canto intraducible y de un río de lágrimas, donde se baña su dolor, el cual, de tan pequeñito, no tiene absolutamente ninguna importancia y puede ahogarse cuando le dé la real gana, con absoluta libertad, porque nadie se va a incomodar por salvarlo.

XLIV

Entre esta soledad —que es honda lejanía— voy a plan-

Sorprendido ante la vertiginosa fiebre que convulsionaba a la ciudad, interrogó al primer transeúnte que encontró a mano:

—¿Esto a qué se debe? Qué activa esta máquina prodigiosa? ¿A qué esa ansia y esa prisa?

—Al conseguimiento del dinero.

—¿El dinero?

En ese instante un reluciente y poderoso automóvil se detuvo junto a él.

Desde dentro un caballero parece que le ordenaba que le abriera la puerta del vehículo.

Obedeció. ¿Qué más daba?

El señor introdujo una mano en sus bolsillos y le alargó algo reluciente y sonoro.

—¿Y esto?

—Es dinero.

—¡Ah! ¿Y qué hago con él?

—Lo que desees... Puedes adquirir un pan, comprar una flor, enjugar una lágrima, atar un hombre a una máquina, hacer tuya una mujer, subvencionar un crimen...

—No continúes, solicitó a su informante y dio unos pasos hacia el mar y arrojó al agua el puñado de monedas.

LIX

La esperanza tiene la virtud de nacer en cuanto muere, como la abeja, que en el vuelo nupcial, se reedita simultáneamente al fecundar a su reina.

LX

—Ahora, con el sol nuevo y la primavera, te recuperarás, Juansinnada.

—Contemplo mi corazón y veo demasiada sombra. ¡Cómo para ilusionarme de que el sostén del día haya resuelto nacer ahí!

LXI

Le anuncian a Juansinnada:

—Ahí está Dios. Te busca.

—No debe ser a mí. No mantiene relaciones conmigo. Ni

siquiera lo conozco. Además mi mendrugo es tan pequeño que es imposible dividirlo en dos.

LXII

—No salgas solo. Trata de que siempre te acompañe tu alma.

LXIII

—¿Juansinnada?

—Bueno, no exageremos...

Algo poseo. Lo peor: estómago.

Y me agrega al oído:

—Y sexo.

LXIV

Cuánto ganaríamos si a nuestro vocabulario lo redujésemos a los adverbios de afirmación y de negación.

Los matices y las definiciones esclarecedoras nos matan.

Las peroratas; la enfática oratoria; la garrulería.

Observa como, sin pronunciar una sola frase, el Silencio y la Meditación se han entendido.

LXV

—Juansinnada, eres contradictorio.

—Menos mal. Estoy muy contento. Soy algo.

LXVI

A Juansinnada no le cuesta esfuerzo alguno el ayunar; el dormir sobre la tierra, con una piedra por almohada; el pasarse las noches contemplando las estrellas o escuchando al mar hasta en la misteriosa música de sus caracoles.

Lo descubren unos religiosos.

Intentan catequizarlo para su orden.

—Si yo no tengo cuerpo donde colgar el hábito ni manos para unir las en las súplicas ni voz para los rezos ni boca para tragar la hostia ni rodillas para hincarme ni cabeza para inclinarla ante el altar...

No puedo encerrarme entre cuatro muros,

Me es imposible vivir a la sombra de una cruz.

Yo soy una oración que anda.

LXVII

Tan no sirvo para comerciante, que ni a mí mismo me he podido convencer de la excelencia de mi mercadería.

LXXXI

No deja de ser un humorista cuando afirma:

—Soy hermano legítimo de muchos cráneos, que porque están algo mejor vestidos que yo, se resisten a reconocer nuestro parentesco.

LXXXII

Somos inexplicablemente absurdos.

Pretendemos imposibles.

Respecto a las mujeres desearíamos que fuesen todo lo contrario de lo que somos nosotros.

¡Tremendo disparate!

Nos diferencian tan pequeños puntos, más que fenómenos, que a momentos creeríamos que no cumplen otra finalidad que la de acentuar las semejanzas.

Tal es así que en función tan importante como el amor, nos reducimos a amarnos en ellas, más que a ellas.

Amamos nuestras preferencias. Lo curioso es que también nuestros defectos —y hasta nuestro gusto, en oportunidades pésimo.

LXXXIII

Las confidencias de mi niña me conmueven.

Tienen algo de la candorosa pureza de la flor, que le narra puerilmente a la mamá raíz, las sensaciones de la primer fugaz visita, efectuada por el irizado colibrí a su cáliz, que se moría de dulzura.

LXXXIV

Juansinnada, con un ladrillo, se restrega todas las noches la costra de mugre que se le forma en el alma, en el inevitable comercio con los hombres.

Y a la siguiente mañana —en tanto ha soñado con triunfos y grandezas— se encuentra otra vez infecto y roñoso.

LXXXV

Mi personaje es un espejo de caballeros o debe tener las facultades mentales alteradas.

Me detiene en la calle y, no sin cierta violencia, me interroga:

—¿Tú sabes dónde vive Juansinnada?

—¡Hombre!, si tú no conoces su domicilio...

No me deja ni proseguir, agregando:

—Con su obsesión o su manía de decir la verdad, de rendir culto a la verdad!, me está poniendo en ridículo y hasta ofendiendo. ¡Le voy a enviar mis padrinos!

Por suerte el Jurado de Honor, que nos tiene habituados a sus pantomimas, resolverá que no hay lugar a duelo.

LXXXVI

—Con la promesa de un fantasma de sonrisa femenina, construyes un sueño tan desmesurado, que nace en la tierra y se pierde en el infinito.

¿Con tu arte de prestidigitador, supongo volarás tras él?

—No. Lo que me corresponde ahora es ignorar cómo se construyen las alas.

LXXXVII

—El natural límite del territorio del pudor, se condiciona a la medida del material de que se dispone, esto es, al tamaño de la hoja de parra que consigamos.

Hija mía, tu inocencia paradisiaca se adecúa a ese traje sumario.

(Aquí notamos la sublevante diferencia de las clases sociales. Las ricas, las que poseen fortuna, no se pueden permitir el lujo de andar sin ellas.)

LXXXVIII

Juansinnada (Q.E.P.D.), pasó a mejor vida.

Viajaba en un anticuado globo aerostático, que se enredó en la cabellera de una estrella, desgarándose su envoltura en uno de sus picos.

Nuestro héroe cayó en el país de los críticos y éstos, tras un sumario juicio, lo despedazaron y se lo devoraron.

¡Qué lástima! ¡Tan joven! Además, salvo error u omisión, era una promesa...

LXXXIX

Luego de un acuerdo con las olas para que lo proveyesen de musicales caracoles marinos, Juansinnada firmó su contrato en la dorada y volandera arena.

En tanto que el agua azul y verde no archivaba su nombre, se dio a reflexionar sobre sus compromisos:

—¿Seré capaz de transcribir las melodías que escucharé? ¿Tendré que inventarlas?

XC

Juansinnada, tú no servirías para escritor actual. No te admitirían en el cónclave de los modernos.

—¿No me comprenderán?

—Al contrario. Eres demasiado transparente. Se te ve todo.

—¿También para eso habré menester de la hoja de parra?

—No. Para ese caso cuadra mejor el humo.

XCI

Infeliz de quien no ha tenido la previsión de plantar un árbol en el cual poder ahorcarse.

XCII

Del Hospital me van a conducir al Manicomio, porque insisto en negarme a soportar las transfusiones de sangre de individuos de mi misma especie.

Reclamo que me las den de savia de pinos, de palmeras, de coronillas o de ceibos...

Quiero producir ramas, hojas y flores y que me visiten y canten en mi pecho los pájaros, y hasta que encuentren una fruta, con la cual endulzar más sus melodías.

XCIII

—El vino ha de tener una medida.

Que la copa no sea tan grande como para que quepa en ella el Arca de Noé.

Así todo, Juansinnada.

XCIV

No poseer nada es ignorar para qué son los sueños, las lágrimas, los suspiros, el alcohol, las mujeres y el dinero.

Para nuestro mal, sabemos demasiado.

Somos millonarios de esta pobreza.

XCV

Poseo amigos. Siento en la entraña la desgarradura de haber parido. Presiento que son otros yo, otros Juansinnada, que con dolor y con amor, me pagan unas deudas que no me deben.

XCVI

Mi ternura, tejida con sangre y con romanticismo, te envuelve mejor cuando estás desnuda.

XCVI

El viento, la noche, la lluvia alegre, la luz natural, la caricia del calor, el frío que se duerme en las plumas, qué extravagancia aplicarles un nombre, como a mí.

Yo también puedo ser apellidado la perfección o el que no existe.

De estos errores de nosotros los hombres se ríen mis lágrimas.

XCVII

¡Mía!

Tú dices que eres mía.

¡Siempre la propiedad!

Ese adverbio posesivo no se encuentra en mi diccionario.

¡Digo mi diccionario!

Mi diccionario es un rudimento de una memoria que no conozco.

XCVIII

Ahora se ha descubierto que Juansinnada no posee párpados.

Los médicos, muy preocupados porque nuestro amigo con sus pupilas al descubierto está expuesto a no dormir o quizás a quedarse ciego, se ofrecen para hacerle un trasplante de alguien muerto en accidente o de fabricárselos de material plástico.

El rehusa la generosa proposición::

—Necesito ver siempre el mar, de donde vendrá la sirena; contemplar el cielo, donde surgirá la nueva estrella; vigilar el jardín, donde nacerá la flor inédita.

XCIX

No pretendo que me admiren, que me comprendan, que me oigan.

¡Pero anhelo que me permitan ser el canto!

C

Las espirales de humo de los hogares de los que viven a media ración; los rulos azules de las hierbas inocentes —a las que llaman dañinas— las cuales arden perseguidas por el hombre práctico; las bocanadas opacas, de quienes quemar sus

manuscritos malogrados, mojados de lágrimas, vienen en delegación a preguntar a Juansinnada.

—¿Cuándo morirás?

—No poseo dilaciones ni apremios. Salvo algún interés en contrario.

—Nosotros sólo deseamos organizar el cortejo que te mereces, cuando asciendas al infinito.

C I

—Juansinnada, ¿qué es lo peor que te ha podido suceder?

—Pertenecer a la exquisita especie humana; ser hermano del Hombre —hijo de Dios— ese abominable ser, síntesis del mal y receptáculo de la bajeza y de la vildad... de quien inventó el dinero, que vendió al Justo y sepultó al Espíritu.

C II

—¡Hija!

—¿Qué, papá!? Me asustaste con tu violenta exclamación

—¡No es para menos! ¡Te veo sin la hoja de parra!

—La mandé a la tintorería.

C III

Juansinnada, meditando sobre su miseria física —común al género humano— se ha puesto a dudar de la existencia del alma:

—¡No puedo concebir que viva en esta carroña!

C IV

La Comisión contra el Analfabetismo visita a Juansinnada. Descubre su ignorancia total.

Le hablan por imágenes.

—Intentamos amueblar tu cabeza... Alhajarla...

—La tengo llena de ideas.

—¿Y tu corazón?

—Está pleno de sueños. Lo único que poseo baldío, desalquilado es el estómago... Y quizás sea mejor...

C V

Es fabulosamente rica, milagrosamente inagotable y extraordinariamente preciosa, la mina que se ha confiado a estos pequeños hombres —los artistas— como para que ellos no se transformen en seres soberbios, engreídos, orgullosos y hasta petulantes, aunque de ella extraigan más ganga que oro.

C VI

Existe una hermosa leyenda sobre las arpas eolias, que, suspendidas en los árboles, prodigaban celestes melodías, cuando las pulsaban los delicados invisibles dedos de la brisa.

Llega la bella fábula a los oídos de la guitarra que lamenta:

—Yo poseo corazón, soy dueña de la música y sin embargo debo sufrir el tormento de la espera de alguien que venga a despertármelos.

—Somos quizás hermanos, atreuve Juansinnada: yo creo ser la poesía, que está dormida.

C VII

Me designan Doctor Honoris Causa y no tengo el coraje de rechazar la ofensa.

C VIII

Jamás sufrí la ridícula manía de quienes paradójicamente anhelan que sus hijos permanezcan permanentemente en la puericia.

Cada existencia reclama su vida.

En su oportunidad jugué con mi adorada criaturita; la conduje de la mano a la escuela; le revisé los "deberes" y le festejé sus quince años, hasta componiéndole unos versos que, naturalmente, ella no comprendió.

La aguardé inquieto, cuando volvía más tarde de lo habitual.

Día llegó en que hube de darle la llave de la puerta de calle.

Ya frecuentaba la Universidad y volvía acompañada de algún amigo.

Por su descuido, descubrí cierta vez sus cigarrillos.

Entretanto le menudeaba discretos consejos.

Una noche, al regresar, golpeó la puerta de su habitación con estrépito; no entró en puntillas como de costumbre y no vino a besarme como otras veces, hasta cuando yo fingía dormir. En tal oportunidad creí percibir en la casa cierto vaho etílico, que se materializó en risas y cantos, que escapaban desaprensivos de su habitación.

No reaccioné.

Me dolía el corazón.

Y con él, lo atribuimos todo a la época que ha cambiado tanto las costumbres.

Lloré.

¡Pero tenía una hija!

CX

No sin cierta temerosa amargura, interrogo a Juansinnada:

—¿Entonces tú no crees en el hombre?

El, optimista, candoroso como un niño, me responde:

—Ando buscándome.

CXI

Ahora es una mujer, joven, suave y fina, de voz de música, que le afirma a nuestro amigo:

—¡Eres un poeta!

El no encuentra otra respuesta que llorar silenciosamente y construirse una cárcel con los hilos de sus lágrimas, cuya ternura inicialmente la vuelven hielo y luego acero durísimo.

CXII

La loba maternal, caritativa y altruista, dando de mamar, alimentando a Rómulo y Remo y haciéndose la desentendida cuando su ferino apetito le ponía en evidencia lo gordezuelos y tentadores que estaban los mellizos...

¿Y eso sucedió en Roma?

¡Y el Papa no se ha enterado para hacerla Santa a la digna señora ésa!

Juansinnada crítica:

—¡Caramba!, que mal servicio de información que posee el Vaticano!

CXIII

Cunado te elogian, quizás sólo estén enjabelgando tu sepulcro.

CXIV

—Padre, tengo la sensación de haber concebido un hijo.

—¿Estás segura que es tuyo?

—Vaya... Tengo un novio.

—No, es que corren tantas historias... Bien que puede repetirse la leyenda de la paloma.

CXV

—No creas que yo no posea mi personalidad y mi importancia, rebuzna el asno.

Días pasados a un caminante que andaba perdido, le indicaron:

—A la derecha de aquel burro...

CXVI

San Francisco me hace sus confidencias:

—Es para mí una delicia (tengo temor de que se me transforme en vicio) que mi corazón, maduro como un higo, entregue sus mieles al pico de los pájaros.

Pero me molesta que algunos tomen ese gusto personal como un espectáculo y compongan afiches de propaganda al respecto y cobren la entrada para asistir al mismo.

CXVII

Por su desamparo, su pobreza de solemnidad y su miseria negra, se organiza una suscripción pública a beneficio de los "talentos y las virtudes", que viven a la intemperie de la Constitución de la República.

Juansinnada, además de su incondicional apoyo moral, contribuye con un cheque en blanco y sin firma, como lo hace la unanimidad de la ciudadanía.

CXVIII

—¿Qué es de tu hija, Juansinnada?

—No tengo hija. No poseo familia alguna.

—¿Te propones engañarme? A veces te he oído jugar y reír con ella y hasta sermonearla.

—Imaginación pura.

—Me habré equivocado entonces?

—No. Lo que sucede es que en el corazón del hombre existe un sector, el de la más delicada ternura, el de la más pura sensibilidad, donde atesoramos el vivo y emocionado amor por un ser femenino a quien debemos rendir el casto culto, que quizás nos limpie de todos nuestros errores, fallas y miserias.

Yo no he sido favorecido con una hija, una criatura que fuera nacida de mi carne.

Y la invento.

También debes haberme sentido llorar con ella o por ella.

CXIX

Nunca más propio y oportuno que ahora, que contemplas

todas estas ajenas mansiones señoriales, que pienses construirte o perfeccionar tu palacio interior y lo hagas digno de ti, en cuanto seas dueño de él.

Pero no olvides que tal perfección no consiste en adornos ni en extravagancias, esto es, en chiches y perendengues.

CXX

Tendría que ser ciego para no macularme de avaricia. Descubro que, contra mi voluntad, todo lo que miro es mío.

CXXI

—Juansinnada, estabas angustiado porque se te escapaba la vida y ahora, dichoso, descubres que eres propietario de la muerte, que nadie te podrá quitar.

—No es exacto. Es que no consigo lo que ansío Trabajo como un forzado para reunir pruebas que me permitan gestionar una rectificación de partida en el Registro de Estado Civil.

Te confío en secreto, que, pese a todo, no quiero irme sin que me cambien el nombre por el de Juanconalgo...

CXXII

Hallados durmiendo en el parque público, el perro, el caballo y Juansinnada, fueron conducidos al puesto policial.

Las señoras y señoritas de la Sociedad Protectora de Animales, llenaron las formalidades para retirar a los dos primeros.

—¿Y este otro?

—Lo conocemos. Es un inadaptado. No soporta encierro, bozal ni cadenas.

CXXIII

Con qué sano orgullo Juansinnada se hace extender su credencial de ciudadano del mundo

Luego, descubriendo que en todas partes se cuecen habas, rompe el documento y arroja, con tristeza, sus fragmentos.

CXXIV

Cuando ella se jacta:

—¡Soy la flor del jardín del rico!

Juansinnada le reprocha:

—No lo mereces, desde que no te basta con ser solamente flor.

CXXV

Imaginando Juansinnada una trasvida de esqueletos, en la cual, constituyendo éstos la sociedad, se darían la importancia a la cual estamos habituados en la tierra, se reserva él dedicarles a las graves, solemnes y estiradas arquitecturas óseas, sus cumplidas cuartas de narices.

Agregando:

—Lo que lamento en ese bello mundo sintético, en el que —¡por fin!—, seríamos todos iguales, es la posible desocupación de los políticos y los perros, que maldita la gracia que nos harían agitando las vértebras de sus rabos bien educados.

Qué maravilla de desnuda elegancia tendrían las comedias, las novelas y los poemas que escribirían nuestros hombres de letras y nuestros poetas.

Y qué música de Saint Saens en los besos de los idilios, a puro diente y mandíbula.

La emoción nos hace correr una aguja de hielo por nuestra espina dorsal imaginando las danzas, los partidos de fútbol y los recibos en las embajadas.

CXXVI

—¿Sufres, Juansinnada?

—Ya lo ves.

—Chirría los dientes; llora para adentro; pero no lo reveles. Te van a hacer el regalo de la limosna de la compasión y tú aún no has llegado a mendigo.

CXXVII

En la funeraria me habían preparado dos ataúdes.

Uno para colocar mi carroña y otro para rellenarlo con mis sentimientos, mis ideas y mis pensamientos.

Tuvieron que devolverlos vacíos.

Mi yo físico no dio ni para un día de recuerdo.

De lo otro dijeron que el humo se iba solo.

Tuvieron que devolver vacíos los artilugios.

CXXVIII

La Gloria, me supongo que se equivocó de sepultura. Re-

tiró mi lápida y me ordenó, autoritaria, con voz de quien está habituada a mandar:

—¡Levántate y anda!

Por suerte ya no tenía oídos.

CXXIX

Juansinnada, más pobre que nunca, resolvió ofrecerse en arrendamiento.

Como un entomólogo lo hace con sus mariposas, a la entrada de su domicilio, con un alfiler, clavó su corazón, anunciando en un letrero: "Se alquila".

Pulularon los interesados. Ninguno con responsabilidad. Gente sin muebles ni equipaje; turistas, que se marcharían en horas; ladronas, capaces de desvalijarlo; damas con malos antecedentes amorosos; niñas románticas, que le iban a inundar la casa de suspiros y de versos, como de lágrimas; solteronas con un viejo sueño y un perro, un gato y una cotorra...

Juansinnada canceló su letrero...

CXXX

Las brisas, los céfiros, los vientecillos descienden a la tierra y no dejan rincón por refistolear e inspeccionar.

Elevan su informe al gran viento:

—Sucio, desordenado, pestilente.

Entonces allá en las alturas se preparan los huracanes. Los ciclones y los tornados, que desatan sus furias enardecidas y salubres.

Los hombres tratan de alzar murallas con sus esclavizados árboles y cierran sus puertas y tapien sus ventanas y todo continúa invariable.

—Yo conozco eso. Debe ser una alegoría, aventura Juansinnada. Como carezco hasta de ropa, aguardo sólo vestido de alegría la ruda caricia del gran viento.

El bien —hace lo que puede— intenta desarraigar las malas hierbas, en oportunidades hasta de ruda manera.

CXXXI

—¡Pensar que yo fui un niño!, se emociona y sonríe con beatitud, nuestro camarada.

¡Ser la purísima gloria pura del alba!

¡La obra maestra que se perdió Dios, artista frustrado!
¡Me hubiese torcido el cuello o petrificado!

CXXXII

—Tú eres un rebelde.

—Que me lo perdonen. No lo sabía. ¿Cobran patente por eso?

—Sin duda. Y un elevado monto. Lo pagarás con alma y con sangre y hasta muy bien puede ser, con hambre!

CXXXIII

Juansinnada —olvidado del mundo— se bañaba en la luz purísima del diáfano día, limpiándose, como de un morbo, de todo humano deseo, como en un éxtasis de felicidad.

De pronto experimentó la sensación de un encontronazo y mientras se desplomó en tierra en el camino, cayó en un abismo de tinieblas.

Chirriaron los frenos de un auto espectacular, que se detuvo:

El chofer al disculparse, informaba:

—Fue inevitable. Perdonen la molestia de la detención imprevista. ¡Pobre hombre! ¿Le presto ayuda?

—La fiesta ya habrá comenzado. No haga usted novela. Adelante. Avisaremos a la policía.

Tiempo más tarde, una ambulancia de Salud Pública, lo recogía.

Cuando despertó en una sala blanca, en un lecho limpio, frente a un señor grave, embutido en una túnica nítida, como lo estaba una impecable ayudante, nuestro descalabrado amigo, indagó:

—¿Qué significa esto? ¿Estoy en el cielo?

—¡Calle! ¡Prohibido hablar!, le ordenaron.

—¿Y pensar me dejan?

—¡Tampoco!

—Bueno, por lo menos podrían recetarme una tiniebla más espesa que la de hoy?

El médico concluyó:

—Desvaría.

CXXXIV

Juansinnada ha inventado una corrida de hombres, en una sociedad de toros, y pretende patentarla.

CXXXV

—Te compadezco, pobre amigo mío... ¿Sabes lo que de ti ha opinado el crítico?

—Oigo.

—Que no eres tan Juansinnada. Que, aunque casi transparente por lo delgada, posees corteza. Pero que no te encuentra miga.

—Le sobra razón. Peor hubiera sido que me encontrase fofo, hinchado y blando, materia que integra al eterno marido, al Pantalón de la Comedia y al Cándido del señor Voltaire.

CXXXVI

—Apéate una vez de tu Clavileño. Concédele —en alguna oportunidad— la razón a tu contrincante. Aunque las nubes son tu natural residencia, acuérdate, que —¡desgraciadamente!— mucho más abajo, está la tierra...

CXXXVII

—Vivimos en una sociedad democrática, libre y justa.

—¿Y por qué, entonces, ésta le facilita a la Necesidad una tijera para que cercene las alas y al sepulturero de la Miseria le alcanza una pala para que entierre al canto?

CXXXVIII

Lee, lee y lee Juansinnada y termina por insertar en un gran diario un aviso económico:

“Se necesitan imitadores”.

CXXXIX

—Paradojal estáis.

—Es que hablo claro.

CXL

La flor, como en un juego pueril, se acerca a Juansinnada:

—Tan - tan.

—¿A qué te anuncias si yo soy tu jardín?

—Es que vengo en una misión muy seria. Deseo saber si tienes hipotecado o te pertenece el corazón?

—El sale de una cárcel para ingresar a otra.

—Yo ahora te ofrezco las mejores rejas. He resuelto de-

dicarme a la danza y ruego me concedas la gracia de ese escenario para mi tirocinio.

—¿No te es suficiente con el milagro de ser flor?

—No. Como no se conforma tu corazón con su mortal destino.

—No te será útil por su pequeñez y por estar sembrado de abismos y limitado por ellos.

—Tal vez sea ese uno de los riesgos que me seducen. Luego, como al ser flor, soy casi aérea, no me será difícil, bailando, iniciarme en el vuelo.

—Ya creía que mi viejo corazón no servía para más nada. Dispón de él.

—No lo admito si tu concesión es un regalo triste. Lo pretendo como un don eufórico. Sentirás el resplandor de una nueva existencia y si él se resiente por el vértigo de mi danza tendrás la más bella de las muertes.

—¿Y la música? ¿Danzarás sin ella?

—La música la pondrá tu mismo corazón cuando baile sobre él.

Quizás sea tu mejor canto.

CXLI

Lamentamos no compartir todas las ideas de Juansinnada. No pondríamos nuestra firma bajo sus opiniones sobre Eva:

—La mujer es un animalejo enigmático, cuanto peligroso. En oportunidades pretende que se la trate como a una gran señora y como a un ser excepcional, carente de nuestros mequinos apetitos y debilidades.

En otras ocasiones nos halla desabridos y hasta maleducados, porque no les gastamos galanterías o no le hacemos la corte.

De pronto nos deslumbra con purísimos destellos de ternura y de abnegación, como de casta pudibundez o nos desconcierta con una picardía de cuento de Bocaccio.

Es que en la mujer cohabitan la santa y la hembra, como en el hombre, el Nazareno y Barrabás, que estamos constituidos por virtudes y maldades, cuyo equilibrio difícilmente se consigue.

La balanza, para tal propósito, no posee fiel, como no se equivalen la mordedura de la serpiente y el brazado de lirios; un beso y la puñalada por la espalda.

Dios, cuando nos confeccionó de barro, se olvidó que existía el oro!

CXLI

El obrero desocupado le enseña a Juansinnada el aviso del diario, en el cual se reclama mano de obra.

—Mira, aquí necesitan peones.

—Yo no sirvo a otros para que me exploten.

—¿Tú trabajas para ti?

—No. Porque soy el desobediente y no puedo pagarme, pues mi oro es para los demás.

CXLIII

—¿Para qué continúas viviendo si careces de todo?

—Es que se alienta no de lo que uno posee y a veces le sobra, sino de lo que le falta.

CXLIV

Realizábase un concurso sobre lo humano, lo humilde y el desinteresado renunciamento.

Al presentarse a él, Juansinnada necesitaba un apelativo e intentó inscribirse como El Hombre.

Los pedantes reclamaron:

—El hombre qué?

Con el horror de los adjetivos, salió de su anónimo.

Los concurrentes a la justa, presentábanse por parejas, que debían contrastar sus méritos.

El hubiera preferido no ser comparado con nadie. No hacer sombra. No parangonarse con ninguno.

Pero no se atrevió a contradecir al grave tribunal.

Su opositor era un prójimo flaco, pálido y triste, ensangrentado y descalzo, sumariamente vestido.

Por suerte los contendores no poseían abogados y debían exponer sus cualidades y, si los adornaban, sus virtudes.

Invitaron a Juansinnada a hablar.

Mostrándose como Adán, se adelantó en silencio.

Correspondió a su contrincante la réplica:

—Aunque lo poseo todo reivindico como mío el nombre de

mi opositor. El tenedor de nada soy yo. ¿Pues quién posee menos que el que todo lo da? ¿Quién se empareja con quien sufre el ajeno dolor? ¿Quién, pudiéndolo todo se cuida de no levantar los templos o desmoronarlos, como Sansón? ¿No repite el diluvio sobre la tierra? ¿No reenciende el fuego en Sodomá o multiplica los peces y los panes, para saciar las viejas hambres?

Y termina pintando el suplicio infame entre los dos ladrones, su calvario pudiendo estar sentado a la diestra del Señor, eligiendo la muerte y el humano título de Justo.

Remató el orador:

—¡Yo soy quien sufre, salva, llora y perdona!

Juansinnada pidió excusas por perturbar el emocionado recogimiento que embargaba al público:

—Yo soy sólo el esclavo que alquila sus brazos y hasta vende su alma. No soy propietario de nada ni de los sueños, a los cuales el amor expulsa de mi corazón.

Comprendo que es a mi rival a quien pertenece el galardón del triunfo.

Dádselo. El lo sabrá custodiar, ya que es dueño de una corona, aunque sea de espinas; de hermosas heridas en el flanco y en pies y manos; de una fuerte cruz de madera; de unos duros clavos y de una dorada leyenda, que custodia en el Banco y le rinde pingües beneficios!

Juansinnada ahora está en la cárcel.

Su arrepentimiento no tiene límite, pues le han declarado de su pertenencia un domicilio, un proceso y quizás una cadena.

CXLVII

En el grande y bello libro de Dios, la creación del hombre no es la errata, sino la garrafal falta de ortografía.

CXLVIII

Se explica que el Paraíso esté repleto de hartos.

Los hambrientos se refugian en el Infierno, que les es conocido desde la tierra.

Los primeros están sumamente ocupados en realizar sus laboriosas digestiones, naturalmente que con el propósito de

comer de nuevo, lo que jamás les permite sentir hambre y sed... ni siquiera de justicia.

—La elección no es difícil, se expide Juansinnada.

CXLIX

Juansinnada historiador:

El vigía anunció tierra.

Los conquistadores vieron coronados sus sueños.

Tomaron posesión de las comarcas bárbaras.

Abrieron el surco civilizador y sembraron la cruz, la espada y el ojo.

La trinidad, forma de lo perfecto, produjo el fruto fecundo de la mentira, de la guerra y de la explotación del hombre por el hombre.

CL

Juansinnada se ha quedado ciego y curvo como un arco, luego de haber pasado mil años y un año leyendo la Biblia, tras ello concluye:

—Es menester hartar con esta heterogénea olla podrida a la Humanidad y luego proporcionarle un enérgico y poderoso purgante y empezar de nuevo.

CLI

—Nos imaginamos, Juansinnada, que no rehusarás tu firma para el Mundial Documento Pro Paz.

—Imposible. Mi corazón es la Paloma, la cual rehuye hasta esa bonita jaula.

CLII

Las palabras han declarado la huelga general en protesta contra los sofistas y misticadores, que las vacían de sus latos contenidos y las rellenan con sus falsificaciones.

La Biblia, soborna al Diccionario para que declare el estado de sitio y la ley marcial.

Y de nuevo, sobre la tierra, reina el caos.

Juansinnada, asqueado ante los jueces, opta por cortarse la lengua.

Tamaño subversión lo coloca contra el muro ante un piquete de fusilamiento.

Quienes lo amamos tememos solicitar su gracia, porque nos van a entender al revés.

CLIII

Ignoraba que a la verdad ahora la llaman extravagancia.

CLIV

Juansinnada, superando a los pelícanos que se arrancan las entrañas para alimentar a sus hijos, obsequia a su enamorada con un par de achuras personales, para que se las almuerce fritas.

CLV

Yo soy una bomba atómica que anda, pero por los sublimes designios del Todopoderoso, carezco del fulminante.

CLVI

La razón social, viejo caballo de batalla de los católicos, del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es la inteligente concreción de una admirable fórmula, capaz de contentar a troyanos y aún a los lacedemonios, si entran en la danza.

El Dios Padre es el laborioso industrial que todo lo ha hecho y lo posee y es fuerza que defiende su capital hasta con las medidas de seguridad.

El Dios Hijo, este bala perdida de Jesús, despiltraado, de pata en el suelo, compinche de los miserables, con la cabeza a pájaros, es el rebelde, el subversivo y el revolucionario.

Y el Espíritu Santo, es la Suprema Corte de Justicia y, si te parece, "La Prensa" (imparcial vox-pópuli), que defiende los sagrados intereses de la gente bien pensante, de las fuerzas vivas y, cuando las circunstancias lo exigen, el señor Pilatos, que se lava las manos...

Y cobra.

"E così va il mondo".

CLVII

—Que corrijas, que limes, que taches, que aún mojados con lágrimas, destruyas tus amados originales frustrados...

Eso es muy plausible.

Pero, ¡a no exagerar!: no llegues a los extremos del Diablo, quien, con el propósito de embellecerle el ojo a su descendiente, terminó por sacárselo.

CLVIII

Ante el anuncio del telégrafo, de que el gobierno de China comunista, —dispuesto, con excelente criterio, a enmendar

los errores de la naturaleza,— ha resuelto exterminar los gorrones, Juansinnada, que ha conseguido un empleo de 79 secretario de Dios (Sección Bichos), redacta una circular dirigida a los ruisiñores, a los ángeles y a los poetas:

—Visto y considerando, etc., compañeros: hay que meter violín en bolsa.

San Francisco le Asís invita a un mitin de protesta en la plaza pública y lo encierran en la cárcel.

Las Sociedades Protectoras de Animales están todas clausuradas.

La Paloma de la Anunciación y su prima, la de la Paz, cancelaron sus vuelos.

Los santos se lavan las manos.

Y los fabricantes de pájaros artificiales redactan los estatutos de una Sociedad Anónima, cuyo Síndico ya sabemos quién va a ser.

CLIX

¡Cómo me estoy quedando solo!

¡Cómo no me oyen!

¡Cómo no me ven!

Terminaré por no descubrirme ni yo mismo.

Me sonrío el éxito de llegar a ser un perfecto Juansinnada.

CLX

Experimentó tal sensación de existencia vibrante y dinámica en el río de la multitud de la manifestación proletaria que cruzaba a su lado, que Juansinnada creyó oír en ello una invitación de futuro y se le incorporó.

Alguien clamaba:

—¡Pan y Libertad!

Lo último le era suficiente.

Entonces fue que comprendió en toda su profundidad que no sólo de pan vive el hombre.

Pronto caminó con los pasos de la caravana, respiró con ella, se identificó con sus anhelos y sus protestas. Estuvo en la voz de los oradores, en el agudo clarinar de los víctores y se consubstanció hasta ser una sola cosa con su flameante emblema.

—¡Me encuentro en mi elemento en esta palpitante llama roja, que parece intenta volar!

Y la bandera se le ofreció:

—¿Quieres que me vaya contigo? Recuerdo que una hermana mía le sirvió de cobija a un maestro.

El rechazó:

—No. Otros te necesitan más que yo. Tú ya estás en mi alma. Hacerte solamente mía puede significar un robo.

CLXI

Honar padre y madre... Y por qué no a nuestro tatarabuelo, el remoto infusorio, de donde provenimos?

¿Cuándo le erigimos su merecido monumento?

CLXII

Juansinnada, siempre absurdo y paradójal, se niega a secundar la campaña pro - alfabetización.

Lo increpan:

—¡Retrógrado, cavernario, enemigo de la cultura!

Se alza de hombros:

—La ignorancia es a veces más pura que la sapiencia. El ignaro es incapaz de inventar la bomba H o el cohete teledirigido.

—¿Y los ingenios y hasta los genios que se pierden?

—Peor es que nos perdamos todos.

—¿Y qué crees que se debe hacer?

—Pensar en la lectura. Nadie bebe conscientemente el veneno. Los animales no se suicidan. Cuando se depure lo que se escribe, rehablaremos...

Los brutos letrados sobramos.

¿Para qué queremos más?

CLXIII

“Dios está en todas partes”.

El silogismo evidencia que hasta en mí.

Me invade el temor de que me tomen en serio y confundan mi palabra con la del mencionado señor.

CLXIV

El poeta, desde las nubes, lamenta:

—No me comprenden.

—¡Estás tan alto! Para ello todos tendríamos que ser Dioses.

—Entonces no valdría la pena serlo.

CLXV

—Vengo a rogarte, Juansinnada, que ceses en tu huelga de hambre.

—Oh!, llegó a tus oídos la versión? Posiblemente desvirtuada, desfigurada.

—En conclusión: si no comes, puedes sufrir graves consecuencias.

—Voy a contestarte por orden: ni mi estómago ni mi cuerpo tienen que ver con el problema. Ellos no se quejan ni protestan. Luego no es exacto que yo me resista a mezquinarme lo que les es menester. Cierto es que no me lo ofrecen, no lo encuentro y hasta temo que no exista...

Yo soy el ávido jardín, que sueña flores; la sombra de una opaca noche, que anhela estrellas; un viejo corazón, que suspira ternuras; un alma, en fin, con hambre de amor y de poesía.

Quienes me domicilian en la cruz, son los otros; me privan de la caricia y de la lágrima y le dan una falsa dirección a María de Magdala, que me trae el unguento de nardos!

CLXVI

—Juansinnada, la humanidad progresa.

—Sí. Sus máquinas perfeccionadas horadan la tierra y terminan por construirnos un hermoso camino, por el cual volvemos a encontrar el hombre.

—¿Y los aparatos de volar?

—Ya, en su velocidad, consiguen superar el sonido. Alguien creería que intentan una fuga del hombre y no hacen nada más que volver a dar con él.

CLXVII

—Perdona a tus enemigos.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Cómo me voy a perdonar a mí mismo!

¡No me dejarás corregirme nunca!

CLXVIII

—Estoy convencido que el Gobierno —obtuso como de

costumbre— no le prestó la menor ayuda a Dios, cuando fabricó el mundo.

No en balde el pobre viejo se murió de hambre antes de darle los últimos toquitos a su obra.

—¿En qué te basas, Juansinnada, para emitir esa opinión?

—En que, lo más perfecto, el Arbol, lo creó luego del hombre. Si le hubiesen dado tiempo, al descubrir que se había superado, nos borra a nosotros.

CLXIX

—¿Qué opinas de la muerte, Juansinnada?

—Que su consumación debía consistir en un retorno a la angelical, candorosa inocencia.

Qué esplendoroso, paradisiaco, espectáculo el ir hacia ella transformados en una sonriente legión de niños, sin dar la actual deprimente visión de esta lamentable pesadilla de tristes monos decrepitos.

CLXX

En las puertas del cielo le previenen a Juansinnada:

—Deja todo lo que traigas de la tierra.

No entra. No se rebela. Comprende.

Su osamenta, su nombre, su alma, son de allá...

CLXXI

—Eres un vil misticador y un insigne vanidoso, mi aparente humilde Juansinnada! Te recomiendas con una desvergonzada propaganda e impudicamente, ostentas tu mentirosa condecoración de desheredado.

¡Aún quien nada posee puede dar!

¡Y no obstan tus años, a que aspire a ser un aplicado aprendiz del silencio!

CLXXII

Juansinnada, en oportunidades, no entiende bien las cosas y, de sus descubrimientos a menudo extrae erróneas conclusiones.

Algo de eso deduzco le ha sucedido con el fenómeno de la ósmosis.

Visitó la Biblioteca Nacional, la frecuentó dilatadamente, terminando por ocurrírsele que estaba inmóvil, encuadernado y con bonitas letras doradas en el lomo.

No sería extraño que se le ocurriese ser un poeta, un sabio o un filósofo.

Muerto.

CLXXIII

En su excursión (a pagar por mensualidades) realizada en el cielo, Juansinnada, como si fuera un hombre de las cavernas, pregunta:

—¿Eso qué es?

—Dios.

—¿Se come?

CLXXIV

—Majaderos existen, —se expide desaprensivamente nuestro amigo,— que estiman como descomunal irreverencia el formular la más leve crítica al medio - cuchara, que, se afirma, nos construyó.

Son los incondicionales del “zapatero a tus zapatos”, suerte de enanos, que a la par del menestral del cuento, cual lo desean ellos, pretenden que no veamos más arriba del tobillo.

Admitida tal sentencia como indiscutible ley, se nos amordazaría, peor que con el famoso arte dirigido.

Proclamemos los imprescindibles fueros de la crítica, aunque ésta tenga pronta su filosa guillotina para separarnos la cabeza del cuerpo.

CLXXV

La vida es un tesoro que, generosamente, nos ha concedido en préstamo el misterio y que nosotros dilapidamos, menospreciamos, lo volvemos turbio y sucio, olvidados que no sólo debemos devolverlo intacto, sino acrecido, puro y glorioso.

¡Habiendo recibido su pródiga claridad, es incalificable devolverle un borrón de sombra a la luz!

CLXXVI

Llegó un momento en que Juansinnada, abrumado por la inmensidad de su deuda de Amor a la Poesía, intentando metamorfosearse en rocío, en humus, en el aliento tibio que madura la fruta y la mies y abre la corola de la flor, sintió que se reintegraba al misterio, al infinito, a la nada esencial...

Entonces los hombres le extendieron un certificado de de-

función y simularon acondicionarlo entre cuatro tablas y entregárselo a la Madre Tierra.

Se reunieron las piedras para tributarle su homenaje. Seleccionaron la más recia, la más propicia a la eternidad y la enviaron a su huesa.

La tierra y la hierba que crecía sobre ella, indagaron:

—¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Qué pretendes?

—Ser su lápida.

—El no la ha menester. No se conoce piedra tumba anónima. No hay nada que grabar sobre ella.

—Exacto, se oyó la voz de Juansinnada:

—Que su corazón no se hurte a un mejor, más útil y más noble destino.

La piedra se reintegró a su cantera.

CLXXVII

Juansinnada, al tercer día de soportar el simulacro de su deposición, ya estaba en el mundo de la existencia.

No resucitó, porque no había sufrido muerte.

El no era de carne, hueso y sangre, para poder morir.

Se explicaba, pues, que sonriese compasivo o que llorase desesperado ante la credulidad de sus hermanos en relación con aquella burda leyenda, tan material, de la criatura a la cual martirizan, sacrifican y crucifican.

El no era un hombre, vamos, no era un ser.

Era una idea.

CLXXVIII

1.

Le revela la estrella a Juansinnada:

—Yo vivo, no porque soy luz, sino porque la emano.

2.

El agua:

—Si no he de aplacar la sed, no existe razón alguna para que yo sea el agua.

3.

Cómo todo es simple, puro y natural.

El árbol también nos da su clave:

—Gozad: ésta es mi sombra; defiéndete del frío: mi leña es el calor; comed y bebed la carne y la sangre de mis frutos.

CLXXIX

Los poetas y los sabios conocen estas verdades.

Lo peligroso es que las divulguen y lleguen a los oídos de los mercaderes.

CLXXX

El fracaso de Dios consiste en haber dejado de ser curioso.

CLXXXI

Desnudo el cuerpo, vacías las manos, el corazón limpio, comparece Juansinnada ante el Juez Supremo:

—¿Has pecado?

—He respetado mi cuerpo y lo he servido.

—¿Has mentido?

—He dado mucho de la ilusión que me sobraba.

—¿Has sido rico?

—Afortunadamente no.

—¿Entiendes que es una dicha el ser pobre?

—Lo afirmo. Tal estado dificulta menos el ser bueno y nos da más tiempo para serlo.

—¿Y en cuanto a vanidad

—Contra ella he sido el más heroico guerrero, pero no la he podido vencer, porque es la legendaria hidra de cabezas innumerables e inmortales.

—Humm... No hay paraíso para ti.

—Gracias, por evitarme las malas compañías.

CLXXXII

—¿Leen tus libros?

—Con un solo lector se conformaba el filósofo. Cuento con él. Soy yo mismo y cumplo con mi deber, lo que me permite considerarlos incompletos y perfectibles.

—¿En tal convencimiento los realizas?

—La ilusión, fingiéndose una generosa y altruista amiga, me lleva la mano.

—¿Y por qué no prescindes de ella?

—Es mujer. Como hija de Eva, me domina irresistiblemente.

—También la Gloria es hembra.

—Lamentablemente.

CLXXXIII

Juansinnada no tenía nada que enseñar.

Era lo poco que sabía.

No aleccionaba, pues ni predicaba.

Apenas meditaba.

CXXXIV

Tras una curiosa aventura, concluía:

—Hasta el amor es egoísta.

Lo había encontrado y tras su deslumbramiento, que lo cegó, con una sonrisa y una voz armoniosa, lo había invitado al más delicioso juego imaginable.

Apasionadamente, le susurró:

—Te quiero para mí solo. Absolutamente sólo para mí.

Y había tenido que escapar.

CXXXV

Juansinnada delira:

—Como tú eres un irredimible irreverente —no que bastante atrevido— si la memoria no me traiciona, creo intentaste subírtele a las barbas al señor Descartes, corrigiéndole la plana, precisamente, en lo que le ha dado más difusión, sosteniendo tú:

—Dudo, luego existo.

...Yo también he padecido la debilidad de dudar... o quizás esté mejor expresado, pronosticar ese idílico retorno a la naturaleza, que ha perturbado a tanto lúcido y bien ordenado cerebro.

Y esto porque la impecable animalidad sería la solución de todos nuestros problemas, especialmente esos relacionados con la obsesión de Marx y sus acólitos, de la explotación del hombre por el hombre y los intrínquilis de Freud, relacionados con la guerra de los sexos.

Preveo que día llegará en que los elementos naturales volverán a su origen y el hierro, la madera, la tierra, el cuero, la arena, el sol, el uranio, la piedra, huirán de las cárceles de las formas en que las hemos apresado y desharán las forzadas me-

tamorfosis absurdas, a las cuales lo que llamamos civilización las ha sometido.

¿Quieres cosa más bella que un disco de gramófono comience a cantar por su cuenta y termine en pájaro; que desde el libro de poemas vuele una mariposa; que un soneto se transforme en flor; que comience a echar hojas verdes, frescas y transparentes el ropero o el piso de parquet, la silla o la estantería de la biblioteca?

¿Que de los grifos del agua corriente, nazca la canción y el burbujear del río; que la piedra y la arena vuelvan a la montaña o al desierto; y el cobre y el carbón al manto caliente de la entraña de la tierra?

Y se desmoronen los edificios.

Y se hagan humo las instituciones de ahorro y crédito.

Y las sortijas y las piedras preciosas; los collares y las pulseras y las monedas, se evadan de su servidumbre ominosa.

Y que las armas se transformen en lirios y en bellas, desnudas estatuas que andan, los cuerpos sanos de las mujeres y los hombres?

Y Juansinnada, en peripatético diálogo con Dios, acuerden sus conceptos sobre la trascendencia del todo y de la nada...

CXXXVI

Con respecto al arte, el pobre Juansinnada resulta un anacrónico:

—Lo abstracto significa un individualismo tan extremo, que negaría la comunidad de los seres humanos, que, conspirando contra su catolicidad, se erigirían en entidades solitarias, rodeadas de vallas y muros infranqueables.

Solos no nos es factible colgarnos en el madero, herirnos en el flanco, hundirnos en pies y manos los clavos despiadados coronarnos de espinas y atraer a nuestros labios reseca la esponja de vinagre.

No podemos constituir una humanidad de Cristos en la cruz, pues hasta el odio ha menester de una solidaridad del mal.

CXXXVII

—Caigo en la cuenta, monologa Juansinnada, que posee-

mos varios pudores y de diversos linajes.

Ese que tiene que ver con lo pudendo —sumariamente informado en etimología, supongo que de ahí proviene el vocablo pudor;— el que se sonroja, considerando que lo inferioriza su libido y padece el temor de que se le transparenten los malos pensamientos...

Luego el pudor de no humillar con nuestro privilegio de poseer algo más que el prójimo, en cuanto a penuria.

El que suaviza nuestra autoridad, cuando nos la han conferido y aún en el caso de habérsela conquistado.

Y ese que pone límite al jactancioso impulso de propalar y hacer valer nuestros méritos y cualidades, cuando las tenemos que, si no consisten en otra propiedad que imaginaria riqueza, caen en lo ridículo.

Y la de quien, al exponer sus conceptos teme engolarse y que se los tomen por presuntuosas sentencias.

Continuando con las formas de pudor, deduzco que el humorismo tal vez sea uno de sus hijos, como es —aunque adulterina—, la timidez.

CXXXVIII

Juansinnada, erudito de pega, leyendo un diario:

Pérez de Ayala, menciona a Xenófanes (siglo VI antes de Cristo ¿?), quien afirma: “Los seres pensantes construyen sus dioses a su semejanza, deduciendo que si los caballos y los bueyes poseyeran manos y modelasen, harían a los tales entes con sus figuras”.

Y eso que el griego, tan atrevido como lógico, no había contemplado el “juicio final”, que en un muro de la Capilla Sixtina, pintó Michelangiolo Buonarrotti.

CXXXIX

—Dime, Juansinnada, ¿por qué —por lo menos,— no posees un perro, el clásico y fiel amigo del hombre?

—Me repugna su indiscriminada lealtad al bruto o al discreto. Me subleva su culto al puntapié —o al látigo— sea justo o arbitrario.

Me temo me contagie el servilismo de su cola ante el amo, tanto como la ferocidad de su colmillo despiadado con el ene-

migo de la "propiedad" de su dueño y hasta con sus mismos congéneres, con quienes no concibe compartir su pitanza.

CXL

Me confía que el compañero San Francisco de Asís, le ha enviado sus páginas inéditas sobre "El hermano verdugo".

(Se refiere al hombre, sí, nuestro semejante).

CXLI

—Aunque nos resistamos a declararlo, la pobreza es triste y humillante, reflexiona Juansinnada.

Y agrega:

Menos mal que yo ya ni siquiera soy pobre. Estoy más allá de ese falso orgullo del andrajo y de la tonta dignidad de quien, a pesar de la carencia de todo bien, se jacta de ser honrado.

¡Faramallas!, mi buen periodista que alquila su pluma; huésped con entrada de perro en espectáculo o banquete; mi querida meretriz, que vende su sonrisa y algo más; mi libre pensador, que hipoteca su conciencia en el casamiento de conveniencia y da su alma al diablo o a su socio, en las estupideces del buen ver o lo social y lo distinguido.

Montalvo se quedó corto cuando prefirió la desgarradura al remiendo.

—¡En cueros, don Juan, en cueros!

Sí, sí, Cristo descalzo, hambriento, con sed, con hambre.

—“¡Dad de comer!...” —sucio del polvo de los caminos mientras sus representantes y sus adeptos se sientan en las famosas sillas de oro y abultan cada día más sus cuentas corrientes en los bancos.

CXLII

Se interroga nuestro personaje:

—Crear en Dios es una respetuosa posición de humildad frente al misterio?

Se podría admitir tal premisa si el creyente no pusiera al mencionado ente a su servicio y no se atreviera no sólo a interpretarlo, sino a explicarse sus actitudes mentales y por ende su sensibilidad y su moral.

Tal posición define el infantilismo candoroso del párvulo,

que toma su ficción por realidad y aún pretende imponerla a quienes lo rodean.

Ese simpático juego adquiere lineamientos dramáticos, cuando el talludo lo legisla y crea sanciones para quien, siendo indiferente a semejante peligrosa fantasía, no la acepta, sonríe y hasta critica la pueril comedia.

Quienes la toman en serio, pueden provocarnos compasión, pero aquellos que atribuyéndose —caprichosa y arbitrariamente— su personería y representación, involucran en ella finalidades, fuerza es que nos provoquen repulsa, resistencia y hasta indignación.

En mi República, remata Juansinnada empezaremos por decretar:

—Respetando los dictados de su imaginación, puede tolerarse que los ciudadanos crean en Dios y hasta le rindan culto, pero está absolutamente prohibido que lo lleven a la feria.